¿ Para que escritores...?

di Vintila Horia

Es de los escritores en general de los que quiero hablar en este artículo, pero la pregunta fue de Hölderlin quien la lanzó al mundo hace más de un siglo en un verso célebre en el que sólo se trataba de los poetas. Decía:

«...y qué hacer mientras tanto y qué decir
No lo se, y ¿ para qué poetas en tiempo de desastre?
Pero ellos son, dices, como los santos sacerdotes del dios
del vino
Que de un pais a otro se mueven en la noche.»

La traducción es mía, imperfecta y con prisas, pero deja vivir el tono trágico de la pregunta y el bálsamo profético de la respuesta. En efecto, ¿ qué pueden hacer los poetas en tiempos de desastre y a quien dirigir su mensaje? En tiempos así nadie logra escucharlos. Sin embargo, es en tiempos de desastre cuando el hombre acosado por los demonios, quiero decir por sus propios instintos, desarraigado por los demagogos, embriagado por los ideólogos, busca, hambriento de verdad y de equilibrio, un apoyo eficaz. Y son entonces los poetas, iguales a los sacerdotes de Dionisos, dios del vino, quienes lo pueden enderezar y aconsejar. Se trata unicamente de un salto desde existencial a lo esencial. Dionisos, o Baco, era hijo de Jupiter, detentor de todos los secretos. Y sería útil en estos momentos recordar la historia de la gran poesía del mundo, acompañante de ser humano en sus momentos más difíciles. El romanticismo, por ejemplo, fue la respuesta de la poesía a la crisis que envolvió a la humanidad entre el final del siglo XVIII el principio del XIX.

El hombre occidental, dedicado a los aspectos exeteriores de la vida, ahogado en un río de bienes de toda clase, esclavo del dinero y de la usura (a la que

cantó Ezra Pound en uno de sus «Cantos Pisanos») ignora la poesía, porque se cree por encima de cualquier necessidad espiritual. Las masas no aceptan la poesía o sólo la aceptan acompañada por la música. La una, como la otra, de pésima calidad. Sólo el ombre del espacio soviético, privado de bienes exteriores, esclavo de los hombres (mientras el occidental lo es del dinero, como lo afirma Mrosek en su admirable obra «Los emigrados») sabe todavía dirigirse a los poetas, buscando en sus versos respuestas valederas para un tiempo de desastre. Este apoyo del hombre interior se ha ido transformando en el mayor enemigo de los regímenes comunistas. Ya en tiempos de Lenin empieza a delinearse el conflicto que culmina con el exilio de los más afortunados y con la muerte en los campos de concentración de Mandelstam, Kliuiev, Klichkov, Babel, Pilniak, etc. o con el suicidio de Mayakovski, Esenin, Tsvetaeva y otros. El mismo conflicto se produjo en otros países en el momento en que cambiaron de régimen, en seguida después de 1945.

No hace falta insistir aquí sobre lo que sucedió en la URSS, aunque fue el sitio donde se manifestó la verdad, como diría Heidegger. En un libro de Berdiaev titulado «El cristianismo y la lucha de clases», encuentro este párrafo elocuente: «La Unión de Escritores Rusos hubo de inscribirse en un Registro y formar parte de un determinado grupo profesional para poder salvaguardar sus intereses vitales. (El autor se refiere a los primeros tiempos de la revolución. NR.) Mas fue imposible realizarlo, non habiendo sido previsto en el programa soviético el trabajo creado del escritor. No se reconocía más trabajo que el que daba como resultado la producción. No produciendo el escritor ningún bien material inmediato, hubo que inscribirle como impresor, es decir asimilar el producto de su obra creadora a la del tipógrafo.» (Op. cit., Colección Austral, pág. 34, Madrid 1963).

Lo mismo ha sucedido en Rumanía cuando, el año pasado, se produjo una grave crisis, al decidir el presidente Ceausescu imitar los hallazgos de la revolución cultural china y revisar todo lo relacionado con la cultura. Fue entonces cuando los ciudadanos del país tuvieron que declarar todos sus bienes de cierto valor artistico — cuadros, libros, joyas, iconos, muebles, etc. — dejando así de ser propietarios de los mismos, siendo sólo conservadores provisionales, hasta el momento en que el gobierno decidiera el traslado a los museos, o su venta. El estado, de esta manera, se apropiaba de todos los bienes: después de las tierras y de los inmuebles, después de las libertades y las ideas, se apoderaba de los obietos todavía no vendidos en las casas, últimos símbolos de la libertad interior y de la intimidad. El cuadro, el libro, la pitillera, el anillo, el icono, heredados de los padres y abuelos, dejaron de repente de formar parte de la persona de uno. Del hombre y su circunstancia no quedaba de repente más que el primero,

pasando la circunstancia a formar parte de la comunidad, propriedad ella misna del grupo minoritario en el poder. Circunstancia es en aquellos países todo lo que se ve, todo lo que el ser humano es por fuera, desde su proprio cuerpo, enajenado en las cárceles y el Gulag, desde su trabajo dedicado completamente al estado, hasta las paredes de la casa y lo que dentro de ellas se esconde. La intimidad, el alma, la libertad, conceptos ignorados por el comunismo, constituyen hoy los últimos reductos del ser. Y es a a ellos a los que se dirigen los poetas.

Es así como libros que tratan de estos temas (los de Pasternak en Rusia, los de otros en los demá países, siendo estos otros unos exiliados exteriores, o unos exiliados interiores) tienen allí precios por encima de lo valorable. Un libro puede ser más caro que el pan, más preciado que el vino. Porque sigue hablando de todo lo prohibido y alumbrando, hasta dentro de las cárceles, un rincón de esperanza sobre cuyo contenido el gobierno no tiene autoridad. La llama de lo humano, apagada en el mundo visible, desde la Universidad hasta la fábrica, desde la escuela elemental hasta el aire de la calle ,sigue palpitando, llena de porvenir, en la intimidad de la lectura. Y es así, siguiendo la línea de esta eterna tragedia, como el conflicto entre los representantes de la llama y los de la tiniebla, se ha desencadenado recientemente en Rumanía.

El escritor D. Tsepeneag, autor de algunos tomos de cuentos editados en París, por ser prohibidos en Rumanía, director de una revista en francés titulada «Cuadernos del este», ha sido recientemente expulsado de la Unión de escritores, la misma Unión que estaba en crisis hace algunos meses porque no sabía a que santo dedicar su contenido, ya que el escritor no es productor de bienes palpables, no se inscribe en ninguna categoría del trabajo, no es un trabajador, en el sentido que la época de Marx otorgaba a esta palabra. Otro escritor rumano, autor de libros tambien prohibidos en su país, pero editados en el extranjero, Paul Goma, acaba de dirigir una carta a la citada Unión de escritores pidiendo para sí el mismo privilegio que su colega. ¿ Puesto que Tsepeneag ha sido expulsado de la Unión porque yo no? El asunto parece cómico, pero es dramático y my típico de este tiempo de desastre. Porque Paul Goma vive en Bucarest como un paria, como el «Waldgänger» de Jünger, aparentemente libre, en el fondo condenado a morir de hambre, porque nadie lo quiere, ni los editores, ni los periódicos, ni las fábricas. Ha sido marginado por el gobierno porque se ha atrevido a publicar su novela fuera del país, una novela, además, en la que describía la vida en una prisión. Junto con su mujer sobreviven milagrosamente entre el hambre y el miedo, hasta el día en que desaparecerán en una cárcel, o serán expulsados, como le ocurrió a Soljenitsin.

Lejos de mí la idea de citar aquí estos penosos casos de opresión indigna de un país del siglo XX, con el sólo fin de poner de relieve la situación de los escritores en el espacio soviético. La del escritor occidental no es mucho más brillante. Porque el que se atreve a defender la libertad es un marginado en ciertos países de Occidente tambien. Gozan de todos los privilegios los ya encadenados al sistema, los que pertenecen, de una forma u otra, a un partido o a un grupo político, los que han vendido ya el pellejo de sus ideas a la causa mortuoria común: al cementerio de las libertades. Georges Suffert ha descrito con detalles asombrosos la situación del escritor libre en el mundo occidental, sometido a la opresión de las mafias intelectuales (véase «Los intelectuales en chaise-longue», Collección Tercer Milenio, Madrid 1976). Me imagino a veces el asco visceral que habrá experimentado Soljenitsin en el momento en que, una vez en el mundo libre, habrá tomado la verdader medida de las cosas y se habrá enfrentado, en Francia, en Alemania o en España, co la mafia arriba mencionada, falsificadora de la realidad, preparadora inconsciente o indiferente, de la fosa sin salida, del Katyn de las letras, que los intelectuales en chaise-longue nos preparan a todos. En el nombre de algún que otro ismo del siglo pasado, llamando libertad a la esclavitud, moral a la pornografía, honradez al crimen, heroismo a la cobardía, estos intelectuales dejan caer un trágico acento sobre el momento actual. Muy pocos son los que todavía se atreve a hablar en el nombre de la esencia humana y hacen de sus libros un último reducto en su alrededor. Son pocos y sus obras no figuran muy a menudo en las listas de los best-sellers. Los mismos libreros no suelen exponerlas en sus escaparates dedicados a ensalzar el momento político y las figuras de los grandes sepultureros actuales del hombre. Pero sus libros se venden, viven y hacen vivir. Y el escritor silenciado, tildado como enemigo del género humano, justamente porque es su amigo, sabe de su permanente victoria sobre los demás através de las cartas que recibe, del ritmo lento pero sin fallos de la venta de sus libros, de lo que cierta gente dedicada al futuro dice de él. Hay como una gran esperanza en el aire a pesar del ruidoso tam-tam y del griterío de moda. Porque, como decía Hölderlin en su poema, estos sacerdotes del dios del vino se mueven de un país a otro, de un alma a otra y garantizan con su movimiento el andar seguro de la raza más despiadada y más curiosa del universo hacia su propia mejoría.

VINTILA HORIA